roso amor y afición, con la que es Madre del Dios de misericordias, no dudaban de que las recibía grandes de su mano, y varias veces llegaron algunos Padres á conversar con él, con intento de sacarle por su edificación algunas noticias en esta materia, pero el humilde Hermano andaba con tanto cuidado y recato, que divertía las pláticas, y con la rara prudencia y discreción de que Dios le había dotado, y con su silencio que siempre guardaba, encubría los dones divinos que sin duda recibió de la Santísima Virgen. Porque la devoción que el Hermano Pedro de Ovalle tenía á esa Soberana Señora, no se quedaba solamente en deseos y afectos tiernos y palabras, sino que con mucha diligencia procuraba imitar sus virtudes, como amoroso hijo de tal Señora y Madre. Su mortificación y penitencias eran continuas hasta su muerte; su recogimiento y retiro del mundo muy grande; raras eran las veces que aunque fuera para solemnidades religiosas salía de casa; su oración y visitas al Santísimo Sacramento muy frecuentes; y sobre todo, fué singular la edificación que dió en la ocupación que tuvo muchos años y postreros de su vida, en tener á su cargo la escuela de los indios y colegiales de nuestro Seminario de San Gregorio. Porque era notable la caridad con que cuidaba de ellos: enseñándolos á leer y escribir, porque era excelente escribano. Enseñábales la doctrina cristiana, é imponíalos en devoción que rezasen el rosario, que ovesen Misa; haciéndose por Cristo niño con los niños el santo viejo, que era en su semblante y estatura de cuerpo muy venerable. Era esto de suerte, que sabiendo muchas personas principales y nobles de la ciudad, el aprovechamiento con que en virtud y devoción criaba el Hermano Pedro de Ovalle á aquellos pobrecitos indios, le pedían y rogaban que admitiese sus hijos en su escuela; lo cual él hacía con licencia del Provincial, que se la había dado para estos españoles y otros hijos de personas pobres que no tenían posibilidad para pagar la enseñanza de sus hijos en otras escuelas de seglares. Notable fué el ejemplo de todas virtudes que el Hermano Ovalle dió en este tiempo. En él, demás de lo dicho, compuso dos devotos tratados que se imprimieron en tomos manualitos, de que muchas personas se aprovecharon, el uno de la devoción de la Santísima Virgen y el otro del Ángel de la guarda, con quien se supo que tenía una muy familiar devoción.

Después de los ejemplos de todas estas virtudes, en que resplandeció el Hermano Pedro de Ovalle, y siendo ya de edad de 70 años, y habiendo vivido los 42 de ellos en la Compañía, quiso el Señor que se le llegase la hora de su dichosa muerte, á la cual años antes llamaba este siervo de Dios la grande limosna; porque era modo de hablar v refrán suyo cuando le apretaban los achaques que padecía, llamarlos limosnas que le hacía Dios; y luego añadía, que aguardaba la grande, entendiendo por esto, la que con su muerte pensaba recibir; y con razón la esperaba el que con tanto cuidado se prevenía para ella. Y la misma Virgen, como á tan hijo suyo, parecía que lo iba disponiendo para llevárselo al Cielo. Porque los últimos años de su vida, aunque en toda ella había sido muy devoto, le notaban más asistencia en el coro, mayor cuidado con sus disciplinas públicas, mayor silencio con los hombres, mayor trato y familiaridad con nuestro Señor, en quien traía ocupados todos sus sentidos; lo cual se echaba de ver, en que muchas veces le encontraban algunos de los nuestros que vivían con él en San Gregorio, y pasando junto á él no los sentía ni les quitaba el

bonete, siendo así verdad que no era esto por falta de cortesía en el Hermano Pedro (porque la tenía tan grande y era tan humilde, que la guardaba aun con los indios y negros, quitándose el bonete cuando los encontraba), sino porque andaba tan absorto en Dios, que á veces se enajenaba de sus sentidos corporales. Otra cosa se le notó á este siervo de Dios, en el tiempo que ya estaba cercana su muerte, que confirma lo dicho. Esta fué, que siendo costumbre suya las vísperas de algunas fiestas de su devoción el cantar en el refectorio para edificación de los demás, y mortificación propia, alguna oración de la doctrina cristiana, la última vez que cantó antes de su muerte, fué de las Bienaventuranzas, como quien anunciaba que se disponía y se despedía para ir á gozarlas y cantarlas al Cielo; y que aquella seria la última vez que las cantase en la Tierra, como lo fué. Porque apretándole por una parte los achaques que padecía, y por otra la flaqueza de su anciana edad y calentura lenta, ésta le acabó. Y habiendo recibido todos los Santos Sacramentos, con grande paz de su alma la entregó en manos del Señor, con una tan dichosa muerte, que dejó envidiosos de ella á los presentes, que juzgaban iba á gozar del premio de las grandes virtudes que en vida ejercitó. Murió el año de 1628, teniendo 70 de edad, y su cuerpo está enterrado en la Iglesia de nuestro Colegio de México, donde descansa hasta la universal resurrec-

CAPITULO XXII.

DE LA MUY RELIGIOSA VIDA Y SANTA MUERTE
DEL HERMANO FRANCISCO ROMERO, COADJUTOR TEMPORAL
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. AÑO DE 1633.

El muy religioso P. Juan Dávalos, cuya vida dejamos escrita atrás, siendo devotísimo de aquellos varones que veía se señalaban en el servicio de Dios Nuestro Señor, recogió y escribió las ejemplarísimas virtudes del Hermano Francisco Romero, siendo su Superior y Rector cuando este siervo de Dios murió. Y la primera virtud en que escribió haberse señalado, fué aquella de la cual dijo el Apóstol Santiago que era señal de haber conseguido uno la perfección: Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est vir. Y así que por el grande silencio que en particular en hablar de sus cosas el Hermano Francisco había guardado, no se podía escribir todo lo interior de sus grandes virtudes. Fué tal la atención de este perfecto y religioso Hermano en las palabras que había de hablar, y el silencio que guardó en 50 años que vivió en nuestro Colegio de Oaxaca, que jamás le vieron hablar á puerta de aposento ni aun entrar en el de alguno de casa, si no era el de su Superior ó confesor, y esto en cosas forzosas ó necesarias á su ocupación y oficio; y con haber sido los que por tiempo de 42 años le encargó la santa obediencia de tal calidad, que le obligaban á tratar con seglares fuera de casa, ó siendo Procurador ó comprador, jamás hubo persona que tuviese la más mínima queja de él, antes todos veneraban su santidad y ejemplo. De este silencio y recogimiento interior que guardaba, seguía y colegía el ejercicio muy continuo y trato interior que traía con Dios. Levantábase una ó dos horas antes que la Comunidad, y era tan continua su devoción y trato con Nuestro Señor, hablando siempre con Su Majestad aun cuando andaba ó trabajaba en el oficio de sacristán, de que cuidó 30 años, que los mismos indizuelos que le ayudaban se lo notaban; y yo (añade el Padre Rector), con grande edificación mía, lo echaba de ver. El, por sí mismo, tocaba á sermón, y lo mismo en barrer la Iglesia; hacía las hostias, regaba las plantas, yerbas ó flores que habían de servir para adorno de la Iglesia, y todo con tanta puntualidad y continua atención, que causaba admiración. La limpieza y aseo que procuraba en las cosas de la Iglesia, fué muy notada y alabada de todos, y se manifestaba en los ornamentos, aun muy ordinarios, que no parecía que habíau servido, según el cuidado que en todo ponía. Y este su cuidado de las cosas que pertenecían al Culto Divino, era tan singular, que el señor Obispo, cuando iba á nuestras fiestas, lo solía notar y decía á sus Prebendados que el Hermano Romero con sus pobres alhajas adornaba de suerte su Iglesia, que excedía al rico de su Catedral. Y toda su solicitud y trabajo era tan acompañado de su amado silencio, que nunca se le oyó palabra ni significación de que trabajaba ó hacía cosa alguna, siendo así que todo lo más de ornato que había en la Iglesia, se

debía á su cuidado y diligencia. En su humildad y pobreza religiosa dió siempre notable edificación; andaba con un manteo tan viejo y remendado, que apenas se conocía cuál era el paño principal, y cuando iba á la plaza á comprar el pan ó la fruta, él mismo la cargaba y traía, con no poca admiración de la gente que estaba en la plaza, que grandemente se edificaba de ver á un viejo de casi 80 años, que daba tales ejemplos de humildad; su cama pobrísima, y con unas frazadas tan viejas, que reparando el Superior en ellas una vez que entró en su aposento, respondió que aquellas le nabían servido 40 años. Regalo jamás lo admitió ni le tuvo con ser ya de tan anciana edad; su abstinencia fué casi continua, porque era parcísimo en su comida, y lo mismo en el sueño. Su obediencia admirable, y de ella nacía que delante de sus Superiores y de los Padres Sacerdotes, era menester hacerle fuerza á que cubriese sus canas mientras estaba en su presencia. Su modestia era tan rara, que no levantaba los ojos del suelo; sucedió en algunas ocasiones preguntarle el Superior quiénes eran unas mujeres que estaban en la Iglesia, y con ser así que era gente que frecuentaba nuestras Iglesias, respondió que no las conocía. Y bien notada tenían las señoras de la ciudad la modestia del Hermano Romero, de quien celebraban y referían, que aunque salía muchas veces á ver lo que era menester en su Iglesia, no levantaba los ojos del suelo. Y cuando hubo muerto el siervo de Dios, luego que entre otras personas de la ciudad oyó un Regidor el doble de la campana, entró en nuestra Iglesia y casa á ver el cuerpo difunto y besarle la mano, diciendo con gran devoción: «en 40 años y más que há que conozco al P. Romero, siempre le conocí en esta su singular humildad y modestia;» á lo cual otros añadieron que sólo verle en la plaza les causaba devoción esta su compostura y modestia. A la cual atribuyeron muchos seglares que acudieron á su entierro, y entre ellos otros Religiosos de Santo Domingo y de Nuestra Señora de las Mercedes, que llegando á ver el cuerpo difunto, notaron que tenía los ojos tan claros, tan lindos y apacibles, como si estuviera vivo, y les causó tanta novedad, que avisando de ella al Padre Rector Juan Dávalos, llegó á verlos y dejó escrito que estaban tales, que por ellos nadie lo juzgara por muerto. Y también pudieran atribuir esta hermosura de ojos del Hermano Francisco Romero ya difunto, otra virtud en que resplandeció, que fué no mirar ni hablar de faltas de sus prójimos, sino de los buenos ejemplos y virtudes que veía en ellos. De la castidad y pureza de este varón santo, referían sus confesores grandes loores y alabanzas, y todas concordaban con la grande modestia que de él queda referida. Y finalmente, escribió de él su Superior, y con él afirmaban los de casa, que fué un perfecto hijo de la Compañía y cual lo piden sus Reglas, guardándolas de suerte, que no le notaron que faltase en la más mínima de ellas; añadiendo, que si él con su grande silencio no hubiera encubierto tanto sus virtudes, pudieran decir más de lo que queda referido. Y no sólo las personas de cuenta y españoles, pero aun los indios y morenos (que son muchos los que hay en la ciudad de Oaxaca), le llamaban santo Romero.

Quiso Nuestro Señor que llegase el tiempo de premiar las grandes virtudes de este siervo, y el Domingo de Carnestolendas, cuando él prevenía la célebre fiesta de las Cuarenta Horas, que está descubierto el Santísimo Sacramento, le sobrevino un tan extraordinario frío, que sin hablar palabra le obligó á retirarse á su aposento. Sabiéndolo el Superior fué á verlo, y lo halló recostado sobre una banca, hízole acostar en su cama y que se llamaría el médico, y aunque el Hermano, con su encogimiento y hecho á pasar sus trabajos y achaques en silencio, lo rehusaba; vino el martes el médico, y hallándole con crecimiento de calentura, le recetó y se le aplicaron varios remedios, y no aprovechando estos, el día siguiente, miércoles, se le dió el Viático, y por ser día de la Ceniza pidió que se la pusiesen, y aun pidió la Extremaunción estando en su entero juicio, y hablando con los que allí estaban con tanta serenidad y paz, que no se le oía un quejido; y así, no se le dió por entonces el santo Oleo. El jueves en la noche, que se quedaron con él dos de casa y echaron de ver que á media noche se levantó, y puesto de rodillas levantó las manos juntas al Cielo, y llegando á quererle acostar, les pidió encarecidamente que le dejasen estar así, que no podía menos, por ser muchas las Señoras y el Señor que con grande luz le venían á visitar; y por esto que dijo, lo dejaron así por un rato, que bien se sabe que no todas las visitas que se hacen del Cielo las ven siempre los presentes, sino sólo la persona á quien Dios es servido de consolar con ellas. El viernes se echó de ver, á las dos de la tarde, que caminaba muy aprisa á su dichoso fin, y poco después entregó su alma al Señor, con tan grande sosiego, que no se aseguraba que hubiese espirado, hasta que haciendo traer un espejo se hizo la prueba. Hízose señal con la campana, y en oyendo el doble en la ciudad, vinieron algunos caballeros á besarle: unos las manos y otros los pies, por la estima que de él tenían. El sábado por la mañana le enterraron solemnísimamente, acudiendo á su entierro casi toda la ciudad, que por tantos años, con sus grandes virtudes, había edificado. El cuerpo llevaron á la sepultura con los nuestros, otros Religiosos de Santo Domingo y de Nuestra Señora de las Mercedes, tomando algunas cosas por reliquias, aclamándole por varón santo y derramando muchas lágrimas, así los de casa como los de fuera; y concluye el Padre Rector Juan Dávalos, diciendo: «Confieso que la muerte de este Hermano me ha dejado tiernísimo; porque veneraba su santidad, que en mi opinión era grande, pedíle me ayudase desde el Cielo y ofrecióme hacerlo, donde espero en la divina Majestad que está gozando del premio muy colmado de sus largos y dichosos trabajos.» La edad de que murió este siervo de Dios con puntualidad no se puso, sólo que vivió en la Compañía 56 años, y los 50 en el Colegio de Oaxaca y los 42 en el grado de Coadjutor formado, habiéndole recibido en la Compañía el P. Dr. Pedro Sánchez, primer Provincial de ella en la Nueva España, y dos años después que se fundó esta Provincia. Murió el año de 1633, y su nombre y ejemplo de su santa vida quedó muy en la memoria de todos.

CAPITULO XXIII.

DE LA VIDA Y VIRTUDES

DEL HERMANO FRANCISCO DE URBINA, COADJUTOR

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. AÑO DE 1636.

Llevó Dios para sí en la Casa Profesa, el año de 1636, á otro Hermano antiguo, que por tiempo de 26 años vivió en la Compañía, con muy singular virtud y ejemplo. Este fué el Hermano Francisco de Urbina, vizcaino de nación y natural de un lugar junto á la ciudad de Vitoria. Siendo mancebo de pocos años salió de su tierra, y por su buena suerte vino á parar á nuestro Colegio Imperial de Madrid, donde le acomodaron para que allí trabajase y ayudase á coser en la ropería de aquel Colegio. Era Francisco de natural muy compuesto y modesto, y así, se aplicó muy bien á los ejercicios de virtud que veía hacer á los Religiosos de casa, frecuentaba los Santos Sacramentos y procedía con tanta virtud, que ya el Hermano Romero, que lo tenía á su cargo, deseaba que un mancebo tan compuesto se aplicase á entrar en la Compañía. Por otra parte (como después se supo), el Angel de su Guarda, apareciéndosele en varias ocasiones, en una de ellas le exhortó que se entrase de Religioso en la Compañía. Por este tiempo el P. Nicolás de Arnava, Procurador de nuestra Provincia de Nueva España, volviendo de Roma, recogía sujetos en las Provincias de España para ésta de Nueva España, y estando en Madrid, se le ofreció el mancebo Francisco de Urbina para venir sirviendo en el viaje de la navegación á los Religiosos que viniesen á las Indias, para donde Dios le llamaba y daba deseos de entrar en la Compañía. Admitió la oferta del devoto mancebo el P. Nicolás de Arnaya, por la aprobación que daban de su virtud todos los Padres de casa que le conocían. Pero por la misma razón, el Hermano Romero, que también lo conocía y estaba satisfecho del buen natural y virtud del sujeto, hacía diligencias con Francisco para que se quedase y entrase en la Compañía en aquella Provincia, y no lo pudo vencer, porque parece que Dios lo llamaba á las Indias. Y así, por orden del Padre Procurador, se partió para Sevilla, y se embarcó con los demás Padres y Hermanos que venían para México. En la navegación, aunque venía seglar, procedía con tanto ejemplo de humildad y virtud, como si fuera Religioso, sirviendo con mucha edificación en todo cuanto se le mandaba.

Llegado á México, el P. Nicolás de Arnaya (que venía por Provincial de esta Provincia) le cumplió sus deseos al pretendiente Francisco, y recibiéndole en la Compañía lo envió al noviciado de Tepotzotlán, y el que siendo seglar había procedido con tanto ejemplo de virtud y modestia, con ventajas se adelantó en todos los ejercicios del noviciado, y quedó ya Religioso, edificando á los nuestros y á los de fuera en todos los puestos y oficios que le encargó la santa obediencia, y en que se empleó por todo el tiempo de su vida; donde quiera que estaba daba grande ejemplo en todas las religiosas virtudes, y por ellas era de todos amado y estimado. Porque lo primero, acabado su noviciado, se quedó en él algunos años haciendo oficio de ropero, cuando ya era antiguo en la Religión; pero en la humildad y caridad, con todos se trataba como novicio y por su mucha devoción y fervor que en ella siempre conservó, era inclinado á vivir entre los novicios: mirábalos como á hechuras de Dios y nuevas plantas de la Religión de la Compañía, que él amaba por extremo, y como aquella, á la cual el Angel de su Guarda le había traido. Y es cierto, y todos los que le conocíamos lo teníamos advertido, que era eminente en amar, estimar y hacer aprecio del Instituto, Reglas y ministerios de su madre la Compañía: y fué virtud ésta en que grandemente resplandeció toda su vida el Hermano Francisco de Ûrbina. Esmerábase, según su estado, en sus alabanzas, pensando siempre cómo darla á conocer y estimar á todo el mundo; alabándola en todas sus pláticas, de suerte. que apenas sabía hablar sino de Dios ó de la Compañía. De aquí le nacía que todos los papeles de nuevas de edificación, ministerios ó célebres misiones que hacían los de la Compañía, vidas ó martirios de sus varones ilustres, todo eso lo trasladaba, recogía y guardaba, deseando que se aplicase para mayor gloria de Dios y de la Compañía; y su ejercicio los días de fiesta, en que se hallaba desocupado de su oficio, era leer, notar y escribir semejantes papeles. A esto se allegaba, que en el tiempo que vivió en el noviciado, con limosnas que se le dieron y otras que él procuraba con licencia de los Superiores, hizo pintar de extremado pincel, en cuadros grandes, nuestros santos canonizados y beatificados, de quienes era devotísimo, y las vísperas de sus fiestas salía con particulares mortificaciones y penitencias al refectorio, para celebrarlas. Con las dichas pinturas adornó el claustro de los novicios, para que con estos ejemplares se afervorizasen en su imitación; y en estos ejercicios santos, y dando grande ejemplo de virtud en el noviciado de Tepotzotlán, gastó diez ó doce años.

De aquí le pasaron los Superiores á que hiciera oficio de ropero en la Casa Profesa de México, donde procedió con la misma edificación con que había vivido en el noviciado, y perseverando todavía en la devoción de nuestros santos, hizo pintar otros grandes lienzos de los viajes y acciones ilustres de nuestro Padre San Francisco Javier en la India, que se colocaron en nuestra Iglesia, y otras pinturas de varones ilustres de nuestra Compañía, que han predicado el Evangelio en varias regiones del mundo, entre herejes y gentiles, las cuales pinturas están colgadas en nuestro claustro de la Casa Profesa, en que

tienen que ver con mucho gusto y edificación, los que vinieren á ella, siendo todos estos cuidados del Hermano Francisco, muestra de muy hijo de la Compañía. Y aunque en esto lo mostraba, pero mucho más en sus raras virtudes, y en la observancia de sus Reglas y de las de sus oficios en el grado de Coadjutor formado de la Compañía. En la Casa Profesa fué algunos años ropero y por algún tiempo juntamente sacristán, ejercitando con grande edificación esos oficios; su observancia era puntual, su pobreza religiosa muy querida y amada, de suerte que aunque era ropero nunca se vestía cosa nueva, sino la peor y más vieja de casa; su penitencia en cilicios y disciplinas, eran ordinarias. Ayunaba muy á menudo, y la sobriedad en su comida era un casi ayuno continuo, cuidando más de las cosas que ayudaban á su espíritu que de las que tocaban al cuerpo; y así, fué muy dado á la oración y trato con Dios, gastando en éste muchos ratos demás de la oración acostumbrada de la mañana. Y finalmente, se decía del Hermano Francisco que en él se hallaba y veía un engarce de todas las religiosas virtudes con que se hacía amable donde quiera que estaba. Estas quiso Nuestro Señor premiar á los 49 años de su edad y los 26 de muy observante Religioso de la Compañía. Murió el año de 1636 de un desconcierto de estómago que le acabó en breves días, padeciendo grandes dolores con la voluntad de Dios, á quien entregó su alma, recibidos todos los Santos Sacramentos, y está enterrado en nuestra Casa Profesa.

CAPITULO XXIV.

VIDA DEL HERMANO PEDRO NIETO, COADJUTOR TEMPORAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS,

QUE MURIÓ DE 132 AÑOS, HABIENDO DEJADO GRANDES EJEMPLOS DE VIRTUD.

Así como este siervo de Dios fué singular y raro en el número de años que vivió, así también fué muy señalado en las virtudes que ejercitó, los años que vivió en la Religión con grande ejemplo de virtud, y porque comencemos por los primeros años de una tan prolongada y anciana vida, decimos que Pedro Nieto nació en una aldea en el Principado de Asturias, en los Reinos de España. Dióse á la labranza del campo en su mocedad, y llegando nueva á su tierra de que Fernando Cortés, Marqués del Valle, había conquistado los Reinos de la Nueva España, se alentó de suerte con esta nueva el ánimo del brioso mancebo, que, con licencia de su padre, determinó dejar el arado y seguir la milicia en las Indias que se habían descubierto y conquistado; al despedirse y recibir la bendición de su padre, como adivinando los muchos años que su hijo había de vivir, le dijo que supiese y se acordase que había nacido el año de 200, y de esta suerte declaraba su edad el buen Hermano, y según la cuenta que varias veces hizo de sus viajes, nació el año de 1505.

Partió de su tierra á Sevilla y halló que se aprestaba una Armada

para la Florida, cuyo General era el adelantado Pedro Meléndez; asentó plaza de soldado, embarcóse, y llegando á unas islas cercanas á la Florida, mandó el adelantado que Pedro Nieto, con otros soldados, fuesen en un esquife á explorar la tierra ó puesto que hallasen, y ellos obedecieron. Pero navegando les sobrevino una tan gran tormenta, que zozobró y se perdió el esquife y se ahogaron algunos, y solos tres ó cuatro, y entre ellos Pedro Nieto, salieron á nado á unos arenales de una de aquellas islas. A tres días de hambre y desnudez que padecían, les vino una noche al pensamiento que sería bien echar suerte entre él y los demás compañeros, y comerse uno para que no pereciesen todos; pero vuelto sobre sí Pedro Nieto, y como temeroso de Dios, les dijo: que ya que en aquella isla despoblada habían de perder la vida corporal, no perdiesen la del alma, y que para no estar en ocasión que viniesen á ese rompimiento, se apartasen unos de otros adonde nunca se viesen. Así lo ejecutaron despidiéndose amigablemente, y vueltas las espaldas, cada uno siguió su derrota; en la que siguió Pedro Nieto halló una palma, de cuyas hojas y agua se fué sustentando de la manera que en aquella extrema necesidad podía. En esta ocasión el General Pedro Meléndez, temiendo por la detención el naufragio de sus soldados, despachó otros en una chalupa, y quiso Dios que estos llegaron á la isla donde los primeros habían naufragado, y con humaredas procuraron dar aviso de su llegada á los que en la isla estaban esperando la muerte. Reconocieron la seña y vinieron todos al puesto. Hallaron á los que venían en su busca, y con el festejo y gusto que se deja entender, salvaron las vidas y se embarcaron para su Armada. Y el Hermano Pedro Nieto, después que entró en la Compañía al acto y consejo tan cristiano que había dado á sus compañeros, atribuía las mercedes que de Nuestro Señor después recibió en su vida tan prolongada. Prosiguió su viaje, y habiendo gastado algunos años en la milicia y guerra de la Florida, después se embarcó para esta Nueva España, y como sus principios habían sido de labrador, con esta ocasión y buscar su comodidad temporal (aunque Dios le traía para que procurase la espiritual de su alma), vino á parar á una de las haciendas de nuestro Colegio de México llamada Santa Lucía, donde asentó á servir con su salario. Aquí sucedió que uno de los pastores se huyó, y el Hermano de la hacienda dijo á Pedro Nieto fuese en su busca; fué, hallóle y al traerle por una ciénega grande que hay en este paraje, huyéndosele el pastor, para reprimirle, le amenazó con el cabestro, y alcanzándole, muy fuera de su pretensión, á uno de los ojos, se lo quebró. Fué tal el dolor y arrepentimiento que le causó el mal que había hecho á su prójimo (aunque involuntario), que por satisfacerle determinó entrar en la Compañía y dejar el mundo y su propia libertad. Pretendiólo y fué admitido por el P. Dr. Juan de la Plaza el año de 1583, y aunque en este tiempo era de mucha edad, pero el sujeto la disimulaba, porque aunque con ceño y enjuto, pero la salud era entera; y habiendo pasado su noviciado loablemente, volvió por orden de la obediencia á la misma estancia donde vivió muchos años cuidando de las haciendas con notable diligencia religiosa, y con una mansedumbre y candidez de paloma con que de todos era amado y estimado. Pero pasado ese tiempo, hallándose ya cansado y de mucha edad para el trabajo del campo, fué llamado á México al Colegio Seminario de San Ildefonso, donde se cría en virtud y letras la mayor